

DIARIO DE UN MATRIMONIO 4/7

Domingo 14 de septiembre

Román apareció tras la rejilla de los acusados con un par de manchas oscuras que se extendían desde los párpados hasta la quijada, los ojos tintados de un rojo enfermizo, de un carmín miedo. Para este Román preso el pulso es una taquicardia ansiosa, la mirada es una mosca que vuela sin poder posarse en un sólo lugar y la boca se ha convertido en arena con la saliva adherida a los carrillos. Sus hombros, antes prepotentes, han sido vencidos por el miedo y la respiración se ha transformado en un extraño redoble en el pecho.

Los últimos dos días no ha dormido, ha pasado las noches con la espalda pegada a la pared y la vista fija en la puerta, arrinconado en esa celda fría y prácticamente solitaria, arreglo de su padre. Teme que en cualquier momento alguien entre con la punta de lo que en alguna época lejana fue una cuchara y se la clave, no por la espalda, de frente, como hacen los verdaderos hombres, viéndole el rostro descompuesto, sosteniéndolo para que en sus ojos se grabe la imagen del asesino.

Eso no ha pasado y no sé si pasará, aun es muy temprano para decirlo y en la cárcel lo que sobra es tiempo. Don Rivera, por lo que sé, se ha ocupado de pagar los servicios especiales de protección. En la prisión el dinero pasa de mano en mano, lo mismo entre los custodios que entre los prisioneros, y esta vez con la encomienda de que al pequeño Román nadie lo toque y si alguien lo hace, que pague caro por ello.

Román se sostuvo de la rejilla de acusados como un ratón débil y patético, temblando como cada vez que sus nervios dan

media vuelta y lo dejan solo, mientras le notificaban el auto de formal prisión por los "hechos ocurridos en la mansión del fraccionamiento Montecristo" dijo el juez.

La mirada de mi esposo atravesó la rejilla de acusados queriendo escapar a través de sus pupilas, se detuvo un segundo en el juez, paseó por la computadora donde aparecía su nombre, evitó las cámaras de los reporteros, contempló la luz que en un rayo de polvo dividía ese espacio y llegó en busca de alivio hasta los ojos de Don Rivera que ni siquiera lo miró. Mi suegro se había convertido de nuevo en el hombre de hierro de los momentos difíciles y tomaba las riendas de la situación a través de su celular. Hablaba en voz baja.

El silencio era una línea delgada a punto de curvarse, había una extraña calma en esa oficina que empezaba a ser amenazada, poco a poco, a lo lejos, por un creciente murmullo que se hacía cada vez más claro.

Fue Román quien quebró la aparente paz de forma barata, apenas vio cerca un micrófono volvió a su grito inútil de niño que rompe el florero y niega su culpa "¡Yo no fui, soy inocente, fue el policía!". Ese fue la torpe intervención de mi marido antes de desaparecer de la rejilla arrastrado por dos custodios.

Don Rivera llegó a su auto aun con el celular en la oreja, la sombra de la esposa esperaba sin hablar dentro del auto. Mi madre lo veía todo a través de la televisión, como Irma, Camila y Susana, acompañadas por sus maridos en la cama, justo antes de ir a misa, observaban a su vecino detrás de una reja, con una pequeña sonrisa y un nudo de satisfacción deshaciéndose dentro de ellos; como Samantha, Tania y Adela, cada una maquillando la tristeza dominical; como miles de desconocidos que ahora citaban mi nombre como si me conocieran, como si hubieran compartido conmigo y con

Román los aburridos cumpleaños de los primos, el fin de año en el Club o hubieran asistido al gris aniversario de mis padres, como si hubieran estudiado conmigo o jugaran tenis con mi esposo.

Nos habíamos convertido en el espectáculo favorito de esa comunidad aburrida, en un septiembre frío de árboles secos de nostalgia, de calles vacías y comercios cerrados cada domingo. Me sumergí lentamente en esa apatía dominical que llena las sábanas y deja que el café se enfríe.

Martes 16 de septiembre

Cada una de las veces que declaró en el juzgado o en los periódicos, pagados por Don Rivera, Román siempre mencionó al "policía culpable que está libre". Así que éste tuvo que salir a dar la cara para dar su versión de los hechos. Obligado por el jefe el hombre al que Román tan desesperadamente acusaba apareció en una conferencia de prensa en las instalaciones en las que la suciedad, lenta e imperceptiblemente le va ganando terreno a la limpieza, como los males al mundo.

Pedro Algo, ahora no logro recordar su apellido, apareció perfectamente rasurado y sudando sin control, a su lado, enhiesto como estatua, la figura del jefe de la policía y atrás de ellos, el logotipo de la corporación, para hacer aquello aún más oficial. Tenían enfrente a la jauría de iletrados reporteros, personas que aprovechan los rincones para instigar contra aquellos que no se han puesto de su lado, personajes que se pasean por los pasillos de las oficinas de gobierno aprovechándose de la información que poseen y distorsionándola a placer.

Delante de esa manada de hienas con grabadoras hambrientas el jefe de la policía enarcó su ceja para declarar que "debido a las lamentables acusaciones vertidas sin fundamento por el inculpado, Román Rivera, esta corporación se ve en la necesidad de aclarar a la opinión pública que el policía Pedro Martínez, falsamente señalado por el señor Rivera como autor material de los hechos, el día del crimen ocurrido en el 321 del fraccionamiento Montecristo se encontraba haciendo su rondín de rutina, recorrido verificado por el GPS de la patrulla y que comprueba que, como él manifestó desde el primer momento, a la hora en la que ocurrieron los hechos se encontraba en la gasolinera

número 57 de la ciudad, a más de 20 kilómetros del fraccionamiento mencionado; además, se cuenta con la factura expedida por la estación y el recorrido previo y posterior de la patrulla. Para dar mayor certeza a estas declaraciones manifestamos que al agente Martínez se le realizó la prueba de rodizonato de sodio con resultados negativos, lo que demuestra que no accionó ningún arma en el periodo pertinente.

Copia de estos documentos ponemos a disposición de ustedes los medios para que los den a conocer a la sociedad y no quede duda sobre el proceder del honorable oficial Martínez y de ninguno de nuestros elementos. Por otra parte quiero hacer de su conocimiento que el agente Martínez, el año pasado, ascendió a la categoría de subinspector al obtener setenta y cinco puntos en el examen de ascensos. Esto demuestra que en nuestra corporación tenemos personal calificado y que lo que pretenden los señores Rivera es desacreditar a este cuerpo sin presentar pruebas confiables y contundentes, que lo que han hecho todo este tiempo es levantar una cortina de humo como distractor para minar la confianza de la ciudadanía, pero no se los permitiremos. Muchas gracias".

Al lejano agente Martínez, que se había mantenido como una estatua durante todo el tiempo, le tembló el párpado derecho y ese simple gesto me lo trajo de vuelta a la memoria. Ese hombre, que estaba ahí delante, y yo nos conocíamos. Él me había esperado solícito fuera de la casa, junto a la puerta del coche, en una de mis primeras citas con Román, y al igual que ahora vi temblar ese párpado sin control.

Cuando Román y yo estábamos en la universidad el ahora subagente Martínez trabajaba como jefe de seguridad de Don

Rivera, me acordé de ese bigote ralo y de esos pelos duros esclavizados a la gomina para mantenerse en su sitio. Me vino claramente a la memoria ese rostro, siempre lejos pero al alcance de la mano, con una actitud servil pero nunca educada.

Sí, el agente Martínez había estado muy cerca de la familia. Durante una época había sido un comodín incuestionable para los Rivera. Era quien abría la puerta del coche, después se desabotonaba el saco ajustado que dejaba de insinuar una pistola y se hacía realidad, y era también el silencioso conductor. La mayoría de las veces nos esperaba en los restaurantes, sentado solo en una mesa bebiendo el tiempo con agua, observando y, si era necesario, impidiendo que cualquiera se acercara a nosotros a menos que un gesto de Don Rivera lo permitiera. Nos recogía en el centro comercial después del cine, empujaba como un autómatas el carrito del supermercado y aguardaba fumando afuera del spa o del gimnasio. En el salón del club se paraba en una esquina y desde ahí observaba a todos los socios como posibles culpables, siempre como una sombra, con un radio en la oreja, adelantándose invariablemente a nuestros pasos.

Ahora que lo recuerdo y lo veo pienso que nunca escuché su voz ni una queja de su parte, nunca supe su nombre, nunca le pregunté nada ni él a mí. Un día dejó de estar entre los rostros que aparecían al fondo en las fotografías de los cumpleaños, siempre de traje y lentes oscuros, como una visión que no es necesaria en primer plano pero que desde esa posición alejada, a la que pertenecía, domina todos los detalles de lo que está sucediendo. Nadie preguntó por el morenito del párpado nervioso. No hubo explicaciones y nunca más volví a saber de él, hasta el día de hoy.

Lo veo y recuerdo y pienso en todas las posibilidades que no había pensado... ¿Podría ser él?, ¿Los disparos en mi casa serían una venganza por un despido injusto?, pero ¿Por qué contra nosotros y no contra Don Rivera? ¿Yo qué tenía que ver en todo eso? Y si todo es así entonces... hay una posibilidad que no he contemplado... ¿Román está diciendo la verdad por primera vez en su vida?

El martes ha dejado de ser una melodía aburrida en mi cabeza para transformarse en un ruido ensordecedor, he pasado de un silencio fantasmal a una muralla de preguntas. Los taladros de la duda minan mi certeza.

Si tan sólo hubiera visto la cara del tirador, si no me hubieran disparado por la espalda, todo esto sería más fácil.

Miércoles 24 de septiembre

Román duerme en posición fetal, temblando aún de manera inconsciente, con la respiración entrecortada del que no alcanza el descanso ni con los párpados cerrados. Mientras dormita es custodiado por un reo de ojos pequeños y viperinos, con manos ágiles y venosas, se mueve en la celda como si le sobrara espacio, camina y sus pasos no hacen un solo ruido. Se detiene frente a la cabeza de Román y lo observa, mira a mi marido y hace cuentas, "cada día que permanece vivo e intacto es un día más de dinero para mi familia, este tipejo blando es un buen negocio", piensa mientras camina hacia la ventana que da al oscuro patio interior del penal.

Abajo, a los ojos de todos, los traficantes ofrecen como mercancía cualquier cosa desde un cepillo de dientes, papel de baño, hasta una vida. Todo tiene un precio, igual que acá afuera.

Román camina lentamente, siempre pegado al muro, con las manos abrazando el lugar de su herida, protegiéndose y evitando cualquier contacto con los internos que pudiera convertirse en una excusa de violencia gratuita. Sus ojos siempre van agachados, fingiendo que busca algo en el piso de tierra que ensucia sus zapatos de goma. A lo mejor mi esposo, mi novio o lo que sea (como ya no lo conozco no sé que pensar de él), va buscando respuestas a lo que salió mal y lo tiene ahí encerrado.

Cuando come la mirada se hunde en el plato en el que una masa sin forma y sin sabor, pero con un olor terrible, aparece frente a él. En el baño no pasa solo más de dos minutos y los sufre temiendo que en cualquier momento algo pueda pasar en ese espacio solitario. Por precaución, por simple lógica de una sobrevivencia sobreentendida, evita

atravesar los espacios donde hay grupos, no habla con ellos cuando le gritan "¡Marica!" y nunca voltea hacia atrás, por eso no se ha dado cuenta que su compañero de celda, con paso ligero y sonrisa de caja registradora, va apagando cualquier fuego que pudiera provocar el *junior*.

Y mientras, yo... Han pasado tantas cosas en este tiempo... tiempo convertido en un reloj roto dentro de la cabeza... que aun no logro aclarar ni ordenar mis ideas. Sobre todo porque me han impuesto este silencio que sólo puedo quebrar en las páginas de mi diario. En este tiempo doloroso y empantanado mis padres no han hablado conmigo, no se atreven a verme y ni siquiera pronuncian mi nombre.

Mi padre rehúye cualquier cosa que tenga que ver conmigo y cuando por accidente se dice algo sobre mí reacciona violentamente; si están comiendo los cubiertos terminan en el piso, si toma un trago el vaso puede acabar estrellado, si lee el periódico acaba hecho una bola, si está viendo el televisor la pantalla se oscurece de repente y el silencio de cara enrojecida y respiración alterada lo domina todo. Mi madre, y esa estúpida abnegación tan anticuada que le ha restado vida a lo largo de los años, sólo siguen los pasos de su esposo a una distancia tan marcada como aprendida. Sumida en un silencio que ni siquiera es propio, impuesto, sin voluntad ni fuerza.

Con todo lo que ha sucedido, con las miradas de sorpresa, de señalamiento o de acusación de quienes los encuentran, las dos familias han dejado de salir. Ya no aparecen en las fotografías de las páginas de sociales que antes eran como nuestro álbum familiar a la vista de todos, nuestro certificado de existencia y de pertenencia a una clase diferente, superior, un estadio indudablemente mejor, aséptico, perfumado con la ropa de los mejores diseñadores,

con la más esmerada educación, con los mejores teléfonos, con autos más cómodos y veloces, con ventanales de vista panorámica, con un paladar educado en la exigencia, con el abrazo de las telas más suaves y exquisitas.

Cualquier persona, a través de los periódicos, podía seguir nuestro camino por ese mundo en el que solíamos vivir, las fiestas a las que acudíamos y en las que buscábamos el sitio desde el cual dominar todos los rincones de la casa para despotricar en voz baja del pésimo gusto de la anfitriona y lo malo de sus canapés comprados en el supermercado, aunque algunas ocasiones sí reconocíamos el buen sushi o los camarones empanizados con queso mozzarella; los cumpleaños que festejábamos afirmando sonrientes que Javier, Manuela, Joaquín, Roberta, seguían exactamente igual de guapos que hacía diez años, cuando todos sabíamos que no era cierto (que Javi se había quedado completamente calvo, que Manuela tenía más arrugas que un chaleco del siglo XVI, que Joaquín había engordado más que todos nosotros juntos y que le urgía una liposucción y que Roberta insistía en vestirse como si los tres embarazos no hubieran hecho mella en su figura).

Algunas noches íbamos a inauguraciones que apadrinábamos cortando listones de restaurantes de comida fusión obstinados en combinar el mole con el teppan yaki; bares retro que piensan que Madonna es igual que Sofía Loren; casinos disimulados o boutiques para disfrazarse, todas exactamente igual de olvidables de no haber sido pagadas para que existieran en las páginas de los periódicos.

Asistíamos a los compromisos de parejas que sabíamos terminarían igual de aburridas que las nuestras y que, pese a ello, atestiguamos sonrientes y con copa de champagne en la mano, brindando escandalosamente. Ahora que hace tanto que no

voy a ninguna parte y que he pasado tanto tiempo sola, no sé ni siquiera si extraño las cosas que tenía. No puedo evitar sonreír al recordar las presumidas reseñas que aparecían en las revistas sobre los viajes a destinos impronunciables y carísimos que hacíamos, como si fuéramos los únicos exploradores, los valientes aventureros y el mundo aún pudiera ser descubierto, como si nadie más hubiera puesto un pie en la Muralla China o caminado por la Quinta Avenida de Nueva York.

Una semana normal incluía al menos un par de eventos en los que podíamos presumir los éxitos que conseguíamos gracias al fuerte apoyo económico de nuestras familias frente a los de nuestros conocidos. No faltaban entre nuestras presunciones las bendiciones que recibíamos, como si nuestros pecados pudieran borrarse con limosnas de mil pesos, las canciones que cantábamos desafinando nuestras adolescencias y eternizándolas hasta el absurdo y la ropa que estrenábamos pensando que era única y que a veces lo era. Yo admito ahora que nadie puede escucharme que ensayaba mis poses delante del espejo para encontrar mi mejor ángulo y que era una costumbre desde que tenía doce años. Hoy todo eso ha dejado de existir para la familia Rivera y para la mía.

Román duerme, si es que duerme, custodiado por un hombre que es culpable, yo duermo sola, como mi padre, como mi madre, la sombra de mi suegra y Don Rivera, en esta noche en la que ni siquiera hay un rayo de luna para escapar por la ventana.